

2013

Migraciones íntimas: *El patio del vecino* de Raquel Rivas Rojas

Luz Marina Rivas

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Rivas, Luz Marina (April 2013) "Migraciones íntimas: *El patio del vecino* de Raquel Rivas Rojas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 77, Article 10.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss77/10>

This Estudios y Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

**MIGRACIONES ÍNTIMAS:
*EL PATIO DEL VECINO DE RAQUEL RIVAS ROJAS***

Luz Marina Rivas
Universidad Central de Venezuela

El nuevo siglo ha sorprendido a Venezuela con el fenómeno de la migración como tema literario, en correspondencia con el éxodo venezolano que se ha producido en la última década. En la narrativa del siglo XX, los inmigrantes más frecuentes eran aquellos que habían llegado como tales al país. Un número representativo de novelas y cuentos de los primeros años del siglo XXI daba cuenta de personajes con voluntad de emigrar, aun cuando los ejes temáticos pudieran ser otros, como la resolución del misterio de un crimen, la tragedia de Vargas o la decadencia de un país que en otro tiempo parecía tener un futuro prometedor (Rivas). La representación de la migración venezolana tiene ya algunos nombres reconocidos, como Miguel Gomes, Juan Carlos Méndez Guédez, Juan Carlos Chirinos o Eduardo Sánchez Rugeles. Un caso muy especial es el de Liliana Lara, quien escribe desde Israel, pero la mayoría de sus relatos se desarrollan en espacios venezolanos. Tiene, sin embargo, algunos que muestran una mirada venezolana de Israel; en su primer libro *Los jardines de Salomón* sorprende la calidad del cuento que le da nombre al volumen, un relato que cruza dos historias: la de la hija de un panadero de Catia, que viaja a Israel como evangélica a Tierra Santa, secretamente tras un amor, y la de la joven israelí que sueña con vivir a París. Las culturas representadas son muy convincentes.

Ahora bien, el fenómeno continúa y se acentúa. En este trabajo, nos referiremos a una autora que se inicia como escritora de ficción con el tema que nos interesa. Se trata de Raquel Rivas Rojas, autora de *El patio del vecino* (2012). En esta obra nos interesa un acercamiento imagológico: las percepciones cruzadas del otro y del sí mismo, la manera como se contempla al extranjero, como muy bien lo explica Daniel Pageaux, a partir la filia, la fobia o la manía.

Es decir, en la coexistencia entre personas de culturas diferentes, se ponen en evidencia las formas de identificarse o de extrañeza, los estereotipos, los prejuicios, las idealizaciones y los juicios. En la filia, la cultura otra aparece tan positiva como la propia –el diálogo se hace posible–; en la fobia, como inferior, por lo cual la propia resulta superior y la mirada, despectiva; en la manía, la cultura otra se ve como superior y la propia resulta en una minusvalía que se traduce en falta de autoestima.

Raquel Rivas Rojas, investigadora literaria y profesora universitaria (1962) emigró a Edimburgo, donde se inició como escritora de ficciones con *El patio del vecino*, que recoge dieciséis relatos que se relacionan entre sí, en la mayoría de los cuales la Gran Bretaña es el referente espacial. Se caracterizan por su protagonista femenina, generalmente alguien que escribe a solas, traduciendo o creando y mirando desde la lejanía anímica el mundo a su alrededor. La sensación de extranjería de las protagonistas se caracteriza por varios elementos que se repiten de un cuento a otro: la dificultad de seguir conversaciones en una lengua ajena, la incomunicación, la necesidad de refugiarse en sí misma, en su propia vivienda o en los audífonos del *ipod* para aislarse del entorno inmediato, para observar sin ser vista, y la nostalgia por un lugar lejano, más cálido y feliz, lugar que solo queda en lo que resulta ser la memoria de otra vida. También está la observación del entorno con minuciosidad, con una clara conciencia de las diferencias. Muy visual es este acercamiento a los otros, por lo cual la imaginación funciona como hilo que une fragmentos, que explica lo que no puede ser explicado a partir de la visión. Se ven fragmentos de las realidades del otro y se adivina lo demás: lo que precede, lo que causa lo visto, lo que está detrás, como por ejemplo, por qué un vecino ha convertido su lavadero en jardín. Se trata, entonces, de narraciones de la vida cotidiana del país extranjero, en las que lo *otro* desconocido intenta develarse. Al mismo tiempo, lo visto, lo observado con tanto detalle, contrasta continuamente con la nostalgia del país dejado atrás. Se privilegia, por lo tanto, el mundo interior, las sensaciones y las percepciones de los otros desde una mirada extrañada, así como la imaginación de la mirada de los otros, también desde el extrañamiento.

En vista de lo íntimo de la experiencia de extranjería, se eligen diversas estrategias para representarla. La subjetividad de la experiencia se expresa en relatos testimoniales, en primera persona, de narradoras que viven con intensidad los desencuentros. La otra posibilidad es la del narrador cómplice, que focaliza la interioridad de las protagonistas (mujeres siempre), mientras mira desde afuera a los demás personajes. Una estrategia interesante es la apropiación del género epistolar. El cuento “La vida de los otros”, por ejemplo, es una secuencia de cartas dirigidas a una amiga, contando cómo ha sido la experiencia de los primeros días de llegada a Londres como estudiante, cuyos únicos encuentros en la universidad se dan con un tutor arisco, poco comunicativo. El cuento gira en torno a un extraño suceso con una vecina, proveniente de un país africano, a quien un desconocido le da una paliza que ella observa por la ventana. La

angustia sufrida por la protagonista narradora frente al hecho brutal se traduce en identificación: “No puedo evitar pensar que yo podría estar pasando por lo mismo, sola en un país que no es el mío, ¿te imaginas?” (Rivas Rojas 31). En efecto, la soledad será uno de los motivos reiterados a lo largo de los cuentos. En los días siguientes, el cuchicheo de las vecinas le va proporcionando cabos siempre incompletos acerca de quién era la mujer, que a raíz del suceso, fue deportada.

En el cuento, el lugar que le ha tocado en la casa donde alquila un *flat*, es el antiguo cuarto de la servidumbre, a pesar de la emoción de vivir en la misma calle de Virginia Woolf. Las expectativas del recién llegado tienen relación con una idealización preconcebida. La primera observación, a la llegada a Londres, es la de la multiplicidad de personas de orígenes diversos, un concierto de otredades al que ella entra a formar parte:

Media hora observando gente entrar y salir de esta enorme estación y puedes estar segura de que has visto por lo menos una pareja de especímenes de cada rincón del mundo: asiáticos, africanos, latinos por supuesto, todos los tonos de piel y unos cuantos idiomas diferentes. Todo se reúne aquí como si este fuera el ombligo del mundo, como decimos nosotros. Un arca de Noé de seres humanos. (Rivas Rojas 27)

Esta confluencia de tantas gentes diversas en la capital británica contrastará más adelante con lo provinciano del pueblo escocés en el que se moverá otra de las protagonistas. Hay en este acercamiento de las otredades una imposibilidad infinita. Del escueto diálogo sostenido con la vecina africana luego de los pequeños chismes de pasillo que ofrecían muy poca información sobre la infortunada mujer, quedan apenas las interrogantes de si sería una víctima o una victimaria en su país de origen, qué secretos guardaría y por qué le pasó lo que le pasó. Luego de la identificación parece que se va elaborando un desapego. Dice la narradora:

la gente con la que uno se cruza por aquí es casi siempre gente que va de paso, o así se siente. Exiliados que saben que estarán en la gran ciudad solo unos meses, unos años. Gente que no se arraiga. No lo digo por ella, sino por mí. La falta de arraigo hace que las personas nos interesen menos. Por más que he querido preocuparme por esa mujer que fue tan brutalmente golpeada delante de mis narices, ya ves, no he podido. (Rivas Rojas 37)

En el desarrollo de los cuentos, vamos viendo que el acercamiento al otro resulta difícil y conflictivo. En el caso de otros inmigrantes, identificarse con ellos, compadecerse (compasión, sufrir con el otro) es un riesgo para el yo. La idea de ser ella quien recibiera una paliza en un país extraño es aterradora; por lo tanto, poner distancia resulta una forma de protegerse. No involucrarse pone a salvo la fragilidad del “yo”. Con frecuencia el no involucrarse significa no

exponerse, especialmente cuando el idioma no ayuda. En múltiples ocasiones, la barrera del idioma es un elemento muy consciente para las protagonistas:

El acento de la mujer de la tienda es cockney cerrado, lo que significa que le entiendo a medias (Rivas Rojas 33).

Creo que estar en una cultura diferente, hablando un idioma distinto al que uno hablaría en su estado natural, te condena a entender siempre a medias. (Rivas Rojas 35)

Hablar otro idioma siempre me ha hecho sentir como si estuviera en una película, recitando un libreto y pronunciando unas palabras que no me pertenecen. Incluso en ese momento de extrema angustia no podía evitar pensar que estaba imitando a alguien que realmente hablaba otra lengua que era para mí desconocida. (Rivas Rojas 47)

Yo soy la nueva, la extranjera, la que no habla bien inglés y no entiende el acento local. Por eso me limito a saludar cuando me saludan y a responder cuando me hablan, pero no visito a nadie y nadie me visita. Hablo con los vecinos solo lo indispensable y evito involucrarme en los asuntos del pueblo. (Rivas Rojas 99)

Cuando estoy en un estado de nervios todo se me ocurre en español y no puedo traducir de inmediato lo que pienso en un idioma en el que nunca sé cómo mostrarme convincente, fuerte o decidida. (Rivas Rojas, 2012, 104)

Esta imposibilidad de comunicación idiomática completa resulta en múltiples malentendidos o en falta de acción. En el cuento “Ejercicio diario”, excelente relato en el que se maneja muy bien la tensión y la intriga, la narradora protagonista camina por un parque en el que no ve a nadie, hasta que mira cómo un niño es arrastrado por la corriente del río. Imposibilitada de salvarlo, decide buscar ayuda y mientras corre, para drenar su angustia, decide continuar escuchando *podcasts* en su *ipod*. La angustia surge de los juicios posibles de los otros por no haberse arriesgado a salvar al niño, por no poder explicarse por su falta del dominio del idioma, por no saber qué se esperaría de ella. Su confusión raya en el terror. De ahí que, finalmente, no llegue a buscar la ayuda y se deje llevar por inercia hasta su casa, con las emociones anestesiadas por el *ipod*. De nuevo, la falta de arraigo le impide preocuparse por el niño. La domina más el posible juicio negativo de los otros. En las citas anteriores, puede verse cómo el hecho de no manejar la lengua ajena resulta en un sentimiento de minusvalía. Supone en la cultura otra una actitud de fobia hacia la suya. Ahora bien, ¿cómo evalúa ella el nuevo espacio? Lo hace desde el desencanto, como lo dicen en “La vida de los otros”:

A la gente le parece de lo más interesante que uno tenga la oportunidad de vivir en el Primer Mundo. Cuando uno no lo conoce piensa que todo debe ser diferente,

que la gente es mejor, que las calles están limpias, que no hay tráfico... paraíso pues. Te diré que aquí no me lo parece tanto. Las calles están más sucias de lo que uno esperaría, todo huele mal y si no fuera por la lluvia que todo lo lava, no creo que uno podría caminar sin un pañuelo en la nariz. La gente es agresiva, casi violenta. La reacción natural de todo el que se sabe diferente es bajar la cabeza y hacerse notar lo menos posible. (Rivas Rojas 28)

Posiblemente, esta descripción puede corresponder a cualquier gran ciudad, Caracas incluida. Sin embargo, en la percepción del personaje se agudiza la sensación de metrópoli agresiva, al punto de querer pasar desapercibida.

En otro cuento, “Los corredores”, encontramos también a la misma protagonista narradora haciendo ejercicio en el mismo parque y viendo el mismo río. Confiesa que no había tomado el camino del río desde el día en que vio al niño arrastrado por la corriente, pero desea vencer sus miedos. Sin embargo, la aparición de tres hombres ruidosos, con cervezas, le produce un temor que se va transformándose poco a poco en pánico, con cada encuentro que tiene con ellos, mientras busca la manera de alejarse de ellos. La presencia de los hombres se conecta con antiguos miedos de su historia anterior, con los consejos de la madre de no ir a lugares solitarios. De la caminata que siempre hacía, pasa al trote y hasta a la carrera para huir de los posibles agresores, hasta que se cae y se rompe una rodilla. Los hombres se acercan y ella siente la inminencia del peligro. Es tanto su pánico, que ellos, que buscaban prestarle ayuda, se alejan asombrados. “Freak”, le dicen.

En el cuento comentado, se cruzan variables de género. La idea de la mujer como presa de hombres abusadores está arraigada en la cultura latinoamericana. La actitud bulliciosa y las cervezas de los corredores se asocian, para la narradora, al peligro, al igual que en el cuento “Tres horas”, en la que una joven entra en el vagón del tren donde viaja la narradora. Esta es testigo de cómo un grupo de jóvenes que parecen estar de juerga la invitan a sentarse con ellos. Aunque ella se ve muy cómoda aceptando una cerveza, la narradora intuye peligro, pero no interviene. Finalmente, cuando en efecto parece que dos hombres estarán abusando de la joven habiéndosela llevado al baño, ella regresa a recoger sus cosas en una actitud más bien grave. Luego llegan los dos hombres heridos. La posible víctima pudo defenderse. En ambos cuentos, lo que parece no es. Se mira la realidad del país extranjero con los parámetros de la propia.

La dificultad de comunicarse en su precario inglés le impide a la protagonista del cuento “Tres gatos” explicarle a su vecino, que ella no le ha robado uno de sus gatos, sino que lo ha salvado de las vecinas molestas porque el animal mató a un pájaro. El vecino vocifera y la acusa, y ella no puede responder. El sentimiento de minusvalía de la protagonista de este cuento, aun antes del evento del vecino, la obliga a pensar en cómo es vista por los demás, vista desde la fobia que ella supone en la cultura de llegada:

Me parecía que si asomaba la nariz por la puerta de atrás, todos los vecinos me criticarían y tendrían de qué hablar durante la semana entera. Me imaginaba que criticarían mi pelo muy largo o mi color oscuro o mis sábanas estrictamente blancas en medio de las floreadas de los demás. Ya era bastante difícil decidirme a salir por la puerta de enfrente a hacer las compras cada día. (Rivas Rojas 98)

Por supuesto, esta visión de sí misma se elabora a partir de toda una historia extratextual de juicios racistas y xenófobos que los países del Tercer Mundo han sufrido por parte de las metrópolis coloniales, muchas veces representada en la literatura con actitudes de fobia. Esta generalización está implícita en el texto. La narradora tiene miedo de los juicios, por lo cual se limita a una mínima comunicación de cortesía. No se atreve a colgar la ropa en el patio común de los vecinos, sino cuando está segura de que no habrá nadie; vigila las costumbres de los otros para decidir cuándo puede salir de su casa sin ser vista. Se autoimpone una especie de exilio. Sin embargo, no parece haber en los cuentos señales de tales actitudes en los vecinos. Más bien, cuando el gato devora al pájaro, las vecinas la llaman para hacerla parte del grupo que desapueba al vecino dueño de gatos que ha construido una casa para pájaros.

La extranjería es una situación ligada no solo a no conocer un idioma, sino a no conocer las claves de una cultura, el lenguaje sin palabras que regula y ordena. La extranjería tiene que ver con estar siempre en un lugar diferente al que deberíamos ocupar; tiene que ver con la sorpresa de lo inesperado a cada tanto, pues no comprendemos todo lo que se ve. Surgen, por lo tanto, desencuentros y malentendidos. Así, en el cuento “Venue 106”, la protagonista cree ser una de las dos únicas espectadoras de una obra de teatro que parece que no tendrá lugar. La mujer sentada en la primera fila se echa a llorar durante un largo rato y la narradora se dará cuenta de que ese llanto es parte de la obra que sí está teniendo lugar, cuando se transforma en grandes carcajadas. La mujer de la primera fila era la única actriz y, ya algo tarde se da cuenta la protagonista, de que ella era la única espectadora.

En otro cuento, la protagonista será consciente de que hay formas de comunicación más allá del idioma, especialmente cuando se produce una identificación o filia con otras *otredades*. Es el caso conmovedor de la mujer australiana del cuento “La lectura”. La protagonista narradora la identifica enseguida como extranjera. En efecto, tenemos múltiples lenguajes sin palabras, que son signos exteriores: la ropa, la bolsa de yute con la palabra “Australia”, la cartera de colores que le sugiere un origen guatemalteco o colombiano, la manera de entregar billetes arrugados en el mostrador de la tienda, su manera de estar, de reclamar. La *otredad* está en los gestos, en los modos de comportarse, en las maneras de hacer, aun sin abrir la boca. La *otredad* está en las señales de la cultura. La protagonista la encuentra sentada en un banco, llorando desconsolada con un pesado libro de tapas duras entre las manos, y siente el impulso de consolarla. Como no sabe cómo hablarle, porque todo se le viene en español, decide sentarse en silencio a su lado. Sin saber cómo, empieza a

contarle a la mujer que ella también llora y en una especie de letanía, le hace una relación de sus nostalgias,

de las conversaciones a larga distancia con mi madre ya anciana, de la incapacidad de conectarme con el mundo que me rodeaba, del sabor de los mangos y las guayabas, del olor de las maletas que parecían conservar un aire del lugar dejado atrás, de viejas fotografías que me recordaban que había tenido una vida distinta. (Rivas Rojas 127)

Luego de un largo rato en que la mujer australiana parece muy concentrada escuchando, la narradora nota que le ha contado todo en español, por lo cual la mujer no ha entendido sus palabras. Sin embargo, la comunicación se da:

La mujer se quedó quieta un largo rato. Parecía procesar lo que había estado oyendo. El pesado libro seguía sobre sus piernas cerrado, pero con el índice de la mano derecha mantenía marcada una página. Me miró mirar el libro y entendió que yo había entendido. Abrió el libro y leyó. Su voz salió ronca al principio y después adquirió una cadencia suave y rítmica. Su lectura sonaba como una larga y lenta enumeración. Parecía que estaba leyendo una antigua plegaria, una queja vieja donde se inventaban los agudos dolores de la distancia. No pude entender ni una sola palabra de lo que leía, pero cuando terminó de leer, las dos estábamos llorando. (Rivas Rojas 128)

Las dos *otredades* se encuentran en este cuento a partir del lenguaje de la nostalgia, reconocible más en cómo se dice que en las palabras con que se dice. Hablando sobre la nostalgia, Solanes explica que el sufrimiento que ella genera garantiza la continuidad personal. La nostalgia, en efecto, nos liga a la memoria, a la propia identidad, a la seguridad de quiénes somos. Protege en la intimidad de la conciencia y del sentimiento un espacio propio, el espacio de la memoria afectiva que se comunica con los orígenes.

En la nostalgia nos protegemos de lo extranjero. Ese espacio tiene un lugar privilegiado en la escritura del cuento “Efecto mariposa”, en el que la protagonista escribe un blog en el que consigna sus nostalgias, por ejemplo de las playas caribeñas: “Solo un modo de recordarme a mí misma que en el otro lado del mundo había un cielo azul y cientos de kilómetros de playas de aguas tibias y arenas blancas” (Rivas Rojas 73) El blog, escrito en español, tiene una lectora, una cubana recién casada con un británico, que decide dejarlo porque se contamina de la misma nostalgia y comprende que lo que está escrito en el blog de nuestra protagonista venezolana es su futuro. Por ello, el marido llega a la casa de la escritora a reclamarle, porque la cubana se ha ido para no vivir los dolores plasmados en el blog. En este cuento se constata que el idioma es una patria. En el idioma se encuentran autora y lectora. La una se reconoce en la otra. El espacio de la escritura se hace espacio de la memoria y espacio de la nostalgia. En él se recupera el pasado y se activa como vivencia de sufrimiento para la continuidad del yo.

Decía Eduardo Sánchez Rugeles, en una intervención en un panel, en ocasión de la Feria de la Lectura de Chacao en Caracas (2013), que las migraciones de hoy no son como las del pasado, pues la presencia de las nuevas tecnologías mitiga la separación. En “Retrato de Isabel con hayacas”, el *Facebook* y el teléfono conectan a dos hermanas que hacen hayacas, una en Estados Unidos y otra en la Gran Bretaña. La memoria de las navidades de infancia y adolescencia ocupa casi todo el cuento, pero también la dificultad de conseguir ingredientes caminando en una noche nevada, la extrañeza de la vendedora de un abasto tailandés por la cantidad de hojas de plátano que se lleva la protagonista, y, si en la observación de las *otredades* priva el sentido de la vista, con tantas imágenes visuales de lo que se experimenta en el espacio extranjero, en este cuento se recurre a todos los sentidos, en particular el olfato, para contar el terruño. Los olores de café colombiano y tostadas mexicanas en la tienda latinoamericana donde encontraría la “Harina Pan” “le recordaban que su tierra existía del otro lado del mundo, en un lugar más oloroso y menos frío” (Rivas Rojas 147). Cuando despliega los aliños en su cocina y comienza a oler las hayacas, “se sentía menos sola y le parecía increíble que allá afuera, los niños que jugaban en la nieve, hablaran en un idioma que su padre apenas podría entender” (Rivas Rojas 147). La memoria olfativa actualiza como ninguna otra las experiencias del pasado.

La *otredad* inasible que son los otros, los vecinos, por ejemplo, es posible recuperarla por la vía de la imaginación, adivinando lo que no se sabe. Los habitantes del nuevo espacio apenas se conocen por sus actitudes, sus ropas, sus características físicas. A veces, fijándose en sus acciones es posible entrar en sus vidas e individualizarlos, como en “El patio del vecino”. En un mundo de casas iguales y patios iguales, de sábanas iguales tendidas a secar, parece que los vecinos son una especie de masa indiferenciada. En este cuento se narra cómo un vecino, fallecido en los días anteriores, había levantado el piso del recuadro de la parte de patio que le tocaba para sembrar grama, con qué parsimonia cortaba la grama, con qué cuidado se ocupaba de un trozo de naturaleza que nadie más en la cuadra poseía. Contempla al vecino mientras lava los platos y comienza a imaginarlo:

—Podríamos hacer algo con el patio, ¿no te parece? —diría el vecino al regresar una tarde, después de contemplar por largo rato aquel espacio pelado e inútil.

—¿Algo como qué? —habrá respondido la señora del vecino. (Rivas Rojas 176)

A partir de allí, imagina la intimidad quieta del matrimonio de muchos años, la parquedad de su comunicación, la lentitud de sus acciones. La escritura se hace, en este caso un espacio de encuentro con esos *otros* inasibles. El cuento termina cuando la protagonista le comenta a su propio marido, a manera de homenaje al vecino fallecido: “¿Qué tal si sembramos grama en el patio?” (Rivas Rojas 180).

En síntesis, los relatos de Raquel Rivas Rojas se asientan en la experiencia subjetiva de la *otredad*, tanto la propia como la ajena. Se va asentando la nostalgia de un mundo dejado atrás que se traduce en imágenes visuales de paisajes, en olores, en memorias familiares. Se trata de un mundo que, aunque antiguo, constituye a las protagonistas, les da un anclaje, una identidad que se resguarda, que no se da a conocer en el espacio nuevo. La *otredad* ajena del presente, en cambio, se observa y se escucha, pero en ella prevalecen los misterios, porque lo que se ve no siempre es lo que está sucediendo y porque lo que se escucha, se entiende a medias. La imaginación suple a veces lo desconocido, o al menos lo reconoce como desconocido. No parece azaroso que en la mayoría de los cuentos la protagonista sea escritora, bloguera o traductora. La escritura es también la posibilidad de usar la lengua materna. Por todo ello, la escritura se hace casa de la memoria y espacio de encuentro de *otredades*.

OBRAS CITADAS

Lara, L. *Los jardines de Salomón*. Cumaná: Universidad de Oriente, 2008.

Pageaux, D. “De la imagería cultural al imaginario”. En Brunel, Pierre e Yves Chevrel (eds.). *Compendio de literatura comparada*. Traducción de Isabel Vericat Núñez. México: Siglo XXI, 1994.

Rivas, L. Irse o quedarse. La migración venezolana en la narrativa del siglo XXI. 2011. Disponible en: servidor-opsu.tach.ula.ve/7jornadas_i_h/paginas/doc/JIHE-2011-PA02.pdf

Rivas Rojas, R. *El patio del vecino*. Caracas: Equinoccio, 2012.

Solanes, José. *Los nombres del exilio*. Caracas: Monte Ávila, 1993.